

el torero comprendió, y como quien se desnuda de un disfraz que ya carece de objeto, puso de manifiesto su amor hacia Santa:

—Yo no entiendo de estos infundios de justicias ni me agrada meterme con la *autoridad* ¡me caso con la Biblia! pero como haya alguien que me lleve donde Santa esté, la saco porque la saco ¡recorcho! no digo yo...

Elvira y Pepa, sin recordar lo que en la casa se sonaba respecto de la pasión del músico,—pasión reputada de inofensiva y pasajera, de embeleo de viejo prostituido,—lo designaron con un simultáneo gesto expresivo.

—Aquí está Hipo, "Jarameño", que sabe hasta donde penan las ánimas... ¡Hipo, anda, lleva al "Jarameño"!...

¡Ah! el movimiento repulsivo de Hipólito, la crispatura de todo su sér, por dentro, al oír la inhumana orden! El, él había de llevar al rival detestado, execrado, aborrecido? ¿él había de servir de instrumento para que el torero se adueñara de Santa?... ¿de Santa!... Y materialmente retrocedió, unos pasos, cual si perdiese el equilibrio; rechazó con las manos tendidas peligros invisibles para los que veían, pero que él, ciego, veía y ahuyentaba con ese ademán de conjuro. Los otros aguardaban, ansiosos.

Fué una lucha brevísima, de segundos, que á él le resultaron interminables, como siglos. Y su misma pasión que con sólo nutrirla, aun á trueco de sufrimientos inconfesados, le difundía por venas y arterias un remedo de dicha, lo decidió haciéndole pedazos un mundo de entrañas que no se sospechaba tan sensibles, y que ahora, en

los instantes solemnes de su idolátrico renunciamento, se le quejaban, cada cual en sus dominios: en la boca, hiel; en las piernas, temblores; en los riñones, dolor, de verdad, y en el corazón, lo que es en el corazón, una tormenta desencadenada; latía enloquecido, con punzadas que le obligaban á llevarse las manos al sitio adolorido, disimulando, fingiendo que buscaba algo en el pequeño bolsillo alto de su chaleco... En un supremo arranque amoroso, prefiriendo padecer él todo antes que ella padeciese nada, murmuró tétricamente:

—Vamos, lo llevaré yo, en el coche; que Genaro se suba al pescante para que me encamine después...

Ni él ni "El Jarameño" hablaron palabra dentro del vehículo que los conducía lado á lado; se codeaban á causa de los tumbos y se alejaban á causa de la voluntad, pues quizás el torero presentía en su acompañante intenciones sobre Santa y por eso manifestábasele antipático y hostil. Quizás le había descubierto su pasión, en nada, en ese no sé qué magnético que nos fuerza á adivinar en un teatro, en un baile, en un café, en un paseo, que un individuo, uno entre mil, ama y desea ardentísimamente á la mujer que nosotros amamos y que nosotros solos poseemos. Y se establece una momentánea corriente de odio homicida; rétanse las miradas, empalidecen las fisonomías; un minuto más y aquello estallaría, mataría, aniquilaría... es el odio por el amor, el odio incurable y eterno ¡es el odio antiguo!

Como Hipólito era ciego, y como aunque no lo

hubiera sido no habrían podido verse dentro del "simón", en el que apenas los salpicaban de luz lunar los grandes focos voltáicos suspendidos á lamitad de las calles largas y apostados en todas las esquinas,—luz que caía por los huecos de las portezuelas lo mismo que en los empedrados cae de repente el agua grasienda que del interior de alguna accesoría arrojan anónimos brazos desnudos, y que luego de salpicar limitado radio se apaga y enmudece,—como no era posible que se miraran, sus cuerpos se huían, por sí mismos, experimentando mútua repugnancia física.

No estaba el inspector; aquella noche tocábale la guardia al secretario de la inspección, un sujeto pasablemente altanero y soñoliento, de edad inapreciable, barba sin afeitar, bufanda de estambres al cuello, y adherida á la frente, para librarse de los reflejos de las ampolletas eléctricas, una de esas viseras de cartón que se sujetan con alambre y que usan los relojeros, los grabadores y los enfermos de la vista. Leía un impreso.

—*Cabayeros*, mú güenas!—declamó "El Jarameño" al entrar en el despacho y pegarse á la reja de madera que aísla del público á los empleados y divide la habitación en dos porciones.

—Primero quítese el sombrero, amigo, que está Ud. en la oficina!—le espetó en desabrido tono un escribiente que se acercó á la misma reja á averiguar qué le ocurría á ese personaje de trenza.

—Pues, verá *uzté*,—comenzó "El Jarameño" descubriéndose de mal talante y remontándose la coleta con el ademán peculiar á todos los to-

teros cuando se retiran el calañés,—sucede que unos agentes de... del orden serán, digo yo, se han traído aquí á una muchacha más sana que un albaricoque maduro... y esto es lo que á mí me *paece* que no está en el orden, porque...

—¡Hombre! "El Jarameño"—exclamó el secretario reconociéndole con júbilo, por ser gran aficionado á las corridas de toros. E interrumpio su lectura, se levantó del pupitre y se aproximó á la reja.

"El Jarameño", por pronta providencia y según uso y costumbre en los toreros, que, al oirse llamar vuélvense sonrientes al rumbo de donde parte la voz, hasta cuando se hallan seguros, por haber marrado su suerte, de cosechar un denuesto ó un pucherazo del encrespado público de los tendidos de la plaza, "El Jarameño" se volvió sonriendo hacia esa cara semi encubierta por las sombras de la visera.

—Pase Ud., hombre, pase Ud. adelante—siguió diciendo el secretario que en persona abrió la reja, —y dígame qué le sucede... no lo había conocido, creí que se trataba de un "maleta" de tantos, escandalosos y perdidos, que noche á noche nos llueven... ¡Qué casualidad, eh!... yo con ganas de conocerlo á Ud. de cerca, y Ud. presentándoseme!... pase, pase, hablaremos aquí, en la otra pieza, sin que nos estorben los que vengan... raro es que esté esto tan solo... ¡Cedillo! déle vuelta á la luz!

Y luego que Cedillo iluminó la estancia contigua, el secretario metió en ella á El Jarameño, muy inflado desde que palpó que lo conocían y lo alababan.

La habitación, mezquina; polvosa y sin alfombra; con una papelera en los medios, un almanaque exfoliador en una de las paredes enjalbegadas y, en otra, un mapa de las demarcaciones en que la ciudad se encuentra seccionada por la policía. Encima de un sofá austriaco un Cura Hidalgo de litografía, dentro de marco lamentable; en un rincón, una especie de armario suspendido con el registro telefónico en su interior, cuyas brillanteces metálicas, diminutas ruedas dentadas, alambres y rótulos microscópicos: "Inspección general", "Bomberos", "Gobierno del Distrito", dan al aparato apariencias de reloj en compostura, sus timbres niquelados, destacándose, y la bocina, enhiesta, simulando un gancho de percha que por olvido no se ha clavado en su lugar. Sobre la papelera, un revólver de reglamento, enorme, de Colt, calibre 44 y cache de nácar; y apoyándose en los muros, cuatro armarios cerrados, negros, fúnebres. Olor á desinfectantes; olor á agrio, á vecindad de gente miserable y sucia. Rumor de voces destempladas y distantes; de pisadas firmes, en el patio; relincho incompleto de algún caballo que olfatea, y junto á una mampara entornada, roncidos fuertes, rítmicos, de hombre cansado.

—Vaya, "Jarameño", palabra que me alegró de conocerlo... siéntese, siéntese... le voy á ofrecer un tequilita, pero legítimo, de la viuda de Martínez!... para las desveladas, "Jarameño", para las desveladas... de día, por nada le pruebo á Ud. el licor!—explicaba el secretario sacando de bajo de la papelera unas copas empañadas, una botella y un salero.—Esto se toma con

sal, para que no se trepe... sí, sí, la sal primero, en la lengua, eso es... ¡á su salud!

Y entrambos bebieron el aguardiente de Jalisco.

"El Jarameño", urgido y en el fondo amedrentado de hallarse en dominios de la policía, soltó su pretensión. Iba por Santa, respondía de ella, pagaría lo que fuese, la presentaría cuando se lo exigieran, pero que no durmiera allí...

—Hágame Ud. la gracia, Ud. que puede y que es persona decente... la chiquilla está delicada y le juro á Ud. que me la matan!

—Conque, Santa, eh?—repuso el secretario con los ojos encandilados,—la conozco, la conozco y le álabo el gusto, "Jarameño", que ¿está Ud. metido con ella?... con franqueza!

"El Jarameño" alzóse de hombros. ¿Metido?... no, no precisamente... sino que... Y se quedó atascado, sin concluir.

—Mi querido matador, llegó Ud. tarde! Santa ya duerme en el hospital "Morelos".

El *diestro* se levantó, blasfemando entre dientes. Marchábase á sacarla de ese hospital en seguidita; lo que es Santa no pasaba la noche en hospital ninguno, ni en ese hospital *Moleros* ni en el de la santísima peineta!...

Detallándole con benevolente superioridad lo intrincado del engranaje administrativo, lo calmó el secretario; desde luego, en el hospital no le abrirían por ninguna de estas nueve cosas, y menos le tolerarían, no ya sacar á Santa, ni mirarla siquiera; era una temeridad intentarlo.

—"Jarameño!., parece mentira... al tocar segunda vez, me lo pepena á Ud. un gendarme, ó

dos, ó veinte, y me lo zampan en "chirona"... ¡no sea Ud. pólvora, hombre!... En cambio, y si Ud. me promete no divulgarlo, yo le doy una receta para que mañana se saque Ud. á Santa, así esté más enferma que qué...

Lo interrumpió un ruido complejo, de gente que penetraba en la oficina y gente que penetraba en el patio. En la oficina escuchábanse sollozos de mujer y llanto de niño, forcejeo de gendarmes, insolencias de hombres del pueblo, ceceos de los escribientes. En el patio, jadear de camilleros depositando una camilla en el suelo, pisadas de un caballo y el relincho incompleto del de antes; imperiosas órdenes, lamentos de quien mucho sufre, chasquidos de fósforos, apresurados andares.

—Señor secretario,—dijo Cedillo entreabriendo la vidriera,—una riña con lesiones, hay bastantes consignados y un herido.

—Voy, Cedillo, voy; despierten al practicante... ni hablar lo dejan á uno, (*quejándose con "El Jarameño" después del mutis de Cedillo*). Pues sí, va Ud. mañana y ofrece retirar á Santa de la prostitución, porque la hace su querida, fíjese bien, "Jarameño", su-que-ri-daa!... le afloja Ud. la plata á un mediquillo que se comprometa á curarla, caso que esté enferma ¡naturalmente! y carga Ud. con su prenda á donde le pegue su real gana... ¿qué tal el remedio?...

Aumentaba el tumulto de la oficina aunque menos que el del patio. Cedillo truncó de nuevo la conferencia, sin ceremonias:

—Se muere el herido, señor!—No quiere declarar... la mujer quiere que se confiese... ¿lo interroga Ud?...

—Vamos á interrogarlo, ahí voy!—Y volviéndose á "El Jarameño" estupefacto por la receta, por lo que oía de heridos y confesión, por saberse dentro de una cárcel ¡mecachis! el secretario continuó:

—Otro tequila, "Jarameño"! que esto no daña por más que uno se propase; es una borrachera benigna, sin "cruda" al despertar...

—¿Qué "cruda?"—inquirió el "diestro", ya en pie y saboreando el ahumado dejo del tequila.

—¡Adiós, inocente!... el malestar que proporciona cualquier borrachera y que Ud. ha de haber padecido á millones... Ah! antes de separarnos, dígame si es cierto que son españoles los toros que va Ud. á matar en su beneficio y el precio que fijarán á las localidades de sombra?

—Pa *uzté*, gratis, *gachó*, yo le *orsequio* la suya! Los animalitos son de Veraguas, pero *paecen* doctores de Salamanca, por er sentio, er poder y las mañas... ¿Por dónde me las *guillo*, camará, que *uzté* está de prisa y yo también?

Abrió el secretario la puerta que daba al patio, con tan mala suerte, que se toparon con la camilla en que el herido agonizaba, y "El Jarameño" hubo de costearla, para escapar. Quieras que no, por más que perseguido de sus supersticiones de gitano tratase de apartar la vista, sobróle tiempo para presenciar el lúgubre cuadro: un bulto cobijado de sombras, en la camilla, con el estertor de los agonizantes; el practicante á un lado, inútiles y casi grotescos ante la muerte sus médicos servicios, bajándose los remanados puños de la camisa, manchados aquí y allí de sangre humana; de hinojos y adherida á

la camilla, sin desemparar de su brazo izquierdo á una criatura que dormía y cuya carita mugrienta y pálida oscilaba conforme la mujer agachábase ó se enderezaba desolada de contemplar que su hombre se moría, y que, cual si no supiese más palabras, repetía únicamente: “¡Longinos!... ¡por María Santísima!... ¡Longinos!...” Del todo agachado vió “El Jarameño” á un sacerdote descubierto, de negra capa flotante que mostraba al herido un Crucifijo, y que rezaba piano, muy piano, en secreto, plegarias que se desvanecían por sobre las inclinadas cabezas de empleados y gendarmes...

—¿Quién te pegó, hombre?—preguntó el secretario colocando sus manos encima de los dos bordes de la camilla, muy cerca su cara de la del moribundo,—dímelo, anda, un esfuerceito!... ¿quién fué?... ¿peleaban ó te pegaron á la mala?...

Del fondo de la camilla, brotó una voz espantosa, imponente, lamentable, que formuló con trabajos una súplica última:

—¡Agua!...

Y sin duda debió morir, porque “El Jarameño”, que había ido escurriéndose de puntillas, sin encasquetarse su calañés, oyó que la mujer daba un grito, que alguien decía: “estiró la pata!”, y que el secretario, desprendiéndose del grupo, le recordada su oferta:

—“Jarameño!” que sea contrabarrera, de las que quedan cerca de los jueces de lidia...

Tan impresionado salía, que entendió á duras penas lo que le contaba el “cabo de puertas” al franquearle el zaguán:

—El ciego que venía con Ud., se marchó en

cuanto supo que la mujer ésa ya no estaba aquí. Le dejó á Ud. el coche.

Punto por punto realizóse al siguiente día, en el hospital, lo predicho por el secretario de la comisaria; excepción hecha de que no fué posible, sino hasta el atardecer, el libertar á Santa. “El Jarameño”, mirándola de lleno, declaró bajo su firma que era su *querida* y que la retiraba de la prostitución. De aquí la tardanza, llenando diversas exigencias oficinescas: el hospital, la sanidad, el gobierno del distrito, ¡quién sabe cuánto más! que el torero satisfizo yendo y viniendo carruaje arriba y carruaje abajo. Y cuando se la dieron, cuando el “simón” arrancó con ellos, de tal modo estaban ansiosos el uno del otro, que, sin hablarse, sin esperar soledades ni apartamientos, por recíproca necesidad contrariada que estallaba al fin imperiosa, soberana, se buscaron sus labios, aproximáronse sus cuerpos y se dieron un beso mudo, prolongado, de abismo, que los forzó á cerrar los ojos y á dilatar la nariz, para no ahogarse, y á rechazarse luego, con los brazos rígidos, para no enloquecer de deleite.

—¿Lo ves, mi Santa, lo ves cómo eres mía? Sosténme ahora que *nunca*, guasa!—suspiró enronquecido “El Jarameño”.

Santa se le acurrucó en el cuello y lo ciñó con sus brazos, voluptuosamente:

—Tú sí que eres mío ¡tonto!... todo, todo ¿no ves cómo te abrazo? ¡más que tú!

Y olvidados de cuanto los circundaba; de lo que acababa de acontecerles y de lo que les podría acontecer; cogidos de las manos charlaban

de sí mismos, de lo que harían, un plan vasto de ventura inacabable. Santa no debía un centavo en casa de Elvira, era libre; recogería su ropa, ¡eso sí! y sus alhajas ¡ya lo creo! despediríase de sus compañeras, las que se quedaban de esclavas presas, con las que había arrastrado la propia cadena... Pobrecillas! ahora le despertaban lástima profundísima, pero ¿qué se iba á hacer?... suponiendo que á las de Elvira esa noche las librasen amantes repentinos, de quiméricos rumbos llegados, quedaban otras y otras: las de las casas vecinas, las de las casas lejanas, las de casa particular y sola; la legión formidable, pululante, que no ha de extinguirse... la brigada que resiste embates, persecuciones, atropellos, crueldades y afrentas, sin flaquear, apretando sus filas compactas, sin detenerse á levantar heridos ni á sepultar muertos. ¡Allá va la ronda victoriosa, á paso de carga, sin más escudos que sus pechos, sin más armas que sus complacientes formas desnudas; y vencen, porque son el Amor y el Deseo, la Tentación y la Carne!

A causa de las despedidas, del arreglo de baúles y del incesante convidar de "El Jarameño", que no cabía en sí de gozo, no se percataron del correr de las horas; y á la de reglamento, presentóse Hipólito. No una, todas las mozas apresuráronse á comunicarle la sensacional noticia:

—Hipo, "El Jarameño" se saca á Santa; esta misma noche se largan juntitos...

—¡Pobre de ella y dichoso de él!—replicóles sentenciosamente el ciego que desde los sucesos de la víspera tenía previsto tal desenlace, ya

que desde mucho antes tenía advertida la mútua pasión que en vano trataban de combatir y ocultar la chica y el torero. El, Hipólito, desde la víspera habíase despedido de Santa; nó porque temiese perderla ¡qué desvario, si Santa había de volver á la casa de Elvira ó á una peor! habíase despedido del corazón de Santa, que ése sí que el torero le arrebatara quién sabe por cuánto tiempo!...

Allá en su cuarto, había llorado todo lo que humanamente es posible llorar; testigo, Genaro, que á pesar de su sueño de piedra y de su perrería, le dijo más de una vez:

—"Amo! ya no llore Ud. así, que se le va á acabar lo que le queda de ojos!... duérmase usted... descanse..."

Pero lo que es llorar allí, en el burdel, ni por pienso! Y se encaminó á su piano, lo registró harmónicamente, y las dos cosas que con el alma anheló, las dos cosas se efectuaban: los clientes abundaron y Santa no aportó en la sala!

Logró ambas cosas porque ambas estaban enlazadas, era la una directa consecuencia de la otra. ¿Cómo desterrar visitantes de paga dándoles el espectáculo de la partida de la hembra más solicitada en la casa? Al contrario, escoltados de Elvira salieron "El Jarameño" y Santa, por la puerta privada, con sólo lo indispensable de ella en una maleta que cargaba Eufrasia. El resto, se mandaría por la mañana.

Ya en la plazuela, mientras Elvira decía adios, sonó el piano y estremeciósese Santa. Era tan feliz, que hasta entonces se acordó del ciego y de lo que el ciego la adoraba.

—Elvira! despídame Ud. de Hipo esta noche misma ¿quiere Ud?

—Si, mujer, vete tranquila, que bastante que *hipeará* el desgraciado al saber que te has ido...

“El Jarameño”, por delante, llegó el primero al carruaje y abrió la portezuela.

—Anda, gloria, que es *mú* tarde!—gritóle radiante, hambriento de ella, su afeitada cara macarena iluminada por un farol del coche.

Reuniósele Santa, mas antes de entrar en el vehículo volvióse á mirar el burdel, que semeja-
ba una casa que se ardiera. Cerradas las vidrie-
ras de la sala, abajo, y las de algunas alcobas,
arriba, todos sus cristales apagados presentaban
resplandores de incendio y se diría que, por mo-
mentos, las llamas asomarían sus purificadoras
lenguas de endriago y lamerían el edificio en-
tero, tenazmente, glotonamente, hasta no envol-
verlo en imperial manto fantástico de fuego y
chispas; hasta no alcanzar con sus crines de hi-
dra la altura de sus techos, y, retorcidas, de-
mentes, voraces é infinitas, multiplicarse á fuer-
za de instantáneos contactos, cabalgando de un
golpe veinte machos en una sola hembra,—como
es fama sucede con algunas flores orientales,—
pues veinte llamas temblorosas habrían de fun-
dirse en una sola llama, que soportaría la ignea
embestida, brillando más, retorciéndose más,
devastando más... Santa veía ese incendio justi-
ciero que arrasaba el burdel, á punto de produ-
cirse, alucinada é inmóvil sobre la acera.

—¿Qué ves tanto, mi Santa?—le preguntó “El
Jarameño”, ya instalado en un asiento del car-
ruaje é inclinándose hacia afuera.

—El fuego! Mira, parece que se arde la casa!...

Si que se ardía; pero se ardía como de cos-
tumbre, en bestial concupiscencia y nauseabun-
do tráfico. Las llamas de lascivia, que hasta sus
recintos empujaba á los hombres en su continua
brama de séres pervertidos, habrían podido salir
y ocultar el edificio para hacer efectiva la vi-
sión de Santa...

Pero no, al través de los apagados cristales,
cruzaban de tiempo en tiempo sombras imprecis-
as. Abajo, en la sala, de los que bailaban al
compás del piano; y arriba, en las alcobas, de
las bacantes que se desnudaban y de los sátiros
degenerados que las perseguían...

—Ven, Santa,—insistió el torero rendidamen-
te,—que yo si que ardo de impaciencia por que-
rerte... ven!... ven!...

Recuperado el sentido de lo real, Santa miró
de nuevo á la casa con melancólico cariño aho-
ra; que así miramos todos,—por homicida, in-
grato é infame que sea,—el puerto que se aban-
dona y que sin embargo nos dió abrigo cuando
á él nos arrojaron, en forzosa arribada, las im-
placables tempestades del mar ó las despiada-
das tempestades de la vida...

—¡Ven, Santa!—imploró el torero tendiendo
sus brazos,—¡ven conmigo!

Y Santa fué á él.